

## CAPITULO IX.

Otra vez la actriz.

Dejemos por un momento á D. Antonio abrumado con el dolor de la desaparicion de Pilar, á la vez que con la expulsion de D. Andrés, y ocupémonos de otros personajes de nuestra historia.

Matilde que, aunque jóven, estaba educada en la escuela de la adulacion y de la falsedad en que aprende toda actriz bonita, escuchó al principio á Miguel como habia escuchado á otros muchos, á espensas de los cuales habia vivido gastando un lujo extraordinario; pero poco á poco fué siendo su cariño mas íntimo, hasta que por fin acabó por no poder pasar sin la compañía

de aquel hombre, por el cual prohibió que le visitaran los que hasta entonces le habian obsequiado, excepto á Rossi que, como á persona de influencia, quiso seguir dispensándole su gracia.

Pero á medida que en Matilde se iba despertando una pasion desconocida para ella, porque jamas habia amado á nadie, aunque con todos habia especulado, en Miguel iba muriendo aquel entusiasmo, producido por la semejanza entre aquella mujer y la que amaba. Así es que, aunque pasaba los dias enteros con Matilde, era solo por tener á la vista la semejanza de Luisa.

La hermosa actriz habia notado, con dolor, aquel cambio repentino.

—Tú no me amas, Miguel:—le dijo un dia Matilde dándole un beso en la frente:—tú no me amas; porque si me amases, no estarias siempre tan triste á mi lado. ¿En qué te he ofendido?... ¿No soy tuya de todo corazón?... ¿no he despedido á tanto amante importuno por solo poder estar

contigo?.... ¿qué mas quieres?.... habla y todo lo haré por tí.

Miguel la miró tristemente, y guardó silencio.

—Mira, Miguel;—prosiguió diciendo Matilde—nunca le digas á otra mujer que le amas, porque la harás infeliz para siempre con esa frialdad terrible; sí, porque la harás infeliz como me has hecho á mí.

Miguel la miró tiernamente, y no pudo menos de abrazarla, al ver que sus ojos estaban bañados de lágrimas.

Miguel habia vivido hasta entonces en esa preocupacion que es casi general en los hombres, de que en una mujer que se presenta en las tablas, y que á todos corresponde con la sonrisa en los labios, el amor era una cosa desconocida.

No sabia que, esa sonrisa, la mas de las veces es forzada para alcanzar con ella el favor de un público veleidoso, á quien tiene que mantener contento para que no la silbe ni la perjudique en su carrera artistica. No sabia que el corazon de una actriz tiene tantos grados de sensibilidad como el

de cualquiera otra mujer, y que estos grados de sensibilidad, si no llegan á desarrollarse, es únicamente porque los hombres que á ella se acercan no llevan otro fin que el sensual, ni otro anhelo que el de alcanzar sus favores para olvidarla despues.

Pero en Matilde estaba viendo lo contrario: porque Matilde habia rehusado recibir de él todo, excepto su amor.

—¿Por qué me amas tanto, Matilde?

Dijo Miguel cubriendo de besos la mano de la jóven.

—¡Ingrato!.... ¡Te pesa que te ame!... ¡Por qué, pues, has formado tanto empeño en cautivar mi corazon?.... ¿O te pesa que te ame, porque tú no me amas ya?....

—Eres tan buena, Matilde, que seria un pérfido si te olvidase.

—Eso no es bastante; yo necesito tu amor. como necesito el aire para respirar y vivir,

Rossi apareció en la puerta de la pieza en que tenian este diálogo; pero viendo que no habian advertido su llegada, se detuvo, y se ocultó detras de la puerta, para escuchar lo que hablaban. Matilde prosiguió.

—Mira, Miguel, de quince días á esta parte, he notado un cambio completo en tí; ya no eres mas que un frio espectador de las gracias que mis aduladores dicen que tengo, y esto me mata, me desgarrá el corazon, porque mi corazon necesita de tu amor: porque todo lo que no es tu amor, es la muerte.

Miguel la miró tristemente, exhaló un hondo suspiro y contestó.

—No me pidas mas de lo que te puedo dar.... ¡Matilde, soy muy desdichado....!

—¿Careces de dinero?.... Todo lo que yo gano te lo cedo desde hoy.

—No es eso, Matilde.

—Pues no comprendo de qué otra causa pueda provenir tu desdicha, porque solo esa y el amor, causan nuestra amarga tristeza.

Y cual si hubiese pisado un áspid, retrocedió algunos pasos con este último pensamiento; y acercándose luego á Miguel, le preguntó con marcada inquietud.

—¿Amas á otra mujer?....

Miguel se estremeció en la silla; pero procurando recobrar su serenidad, contestó:

—No hay ninguna mujer como tú en el mundo.

Esta contestacion ambigua, era muy poco para satisfacer las exigencias del corazon enamorado de Matilde, y dijo.

—¿Pero amas á otra?....

—¿No te he dicho mil veces que te amo á tí?

—Yo tambien he dicho á mil importunos, que les amaba, y sin embargo, mentia, porque solo á tí he amado en la tierra.

Rossi se mordió los labios con despecho.

—Pues bien, Matilde—contestó Miguel haciendo un esfuerzo para mentir—no amo á nadie mas que á tí: ¿estás contenta?

Las abundantes lágrimas que se agolparon á los ojos de la jóven, fueron la única contestacion que recibieron aquellas palabras.

Miguel entonces, procurando salir de aquel estado comprometido en que se hallaba de fingir lo que no sentia, se levantó, y acercando sus labios á la frente de Matilde

de, é imprimiendo en ella un beso mas de compasión que de amor, la dijo.

—Adios, hermosa: tengo que hacer, y salgo para volver dentro de un instante.

—¡Tan pronto!....

—Me es preciso. Me espera en casa un amigo que debe partir para Veraacruz á unirse á los voluntarios que se disponen á impedir el desembarco de la expedicion española, dispuesta en la Habana para invadirnos.

—Bien; no quiero ser molesta; pero prométeme que volverás en cuanto tus ocupaciones te lo permitan.

—Te lo prometo.

Y Miguel salió con el corazon desgarrado de dolor y de remordimientos.

Aun no acabaria de bajar la escalera, cuando entró Rossi adonde estaba la engañada Matilde entregada al placer que habian derramado en su corazon las palabras del hombre que tanto amaba.

—¡Cómo siento venir á desvanecer esa alegría, Matilde!

Dijo Rossi acercándose á ella. Matilde se volvió hácia donde hablaban, y respondió.

—¡Ah!.... ¿eres tú, Rossi?

—Sí; yo que he oido la conversacion que acabas de tener, y que vengo á desengañarte de que Miguel ama á otra.

Matilde no tuvo fuerza ni para arrojar una exclamacion: tan terrible fué la opresion que sintió en su pecho; pero poco á poco la sorpresa fué cediendo su lugar al sentimiento, y dijo:

—¡Ama á otra?

—Sí; ama á otra mujer, y te engaña: hé aquí la causa de su tristeza.

Si á pedazos le hubieran arrancado el pecho, no hubiera sufrido Matilde mas. Sintió encenderse en su corazon un odio terrible; pero este odio, como siempre sucede, no era contra el hombre que la engañaba, sino contra la mujer que le robaba el corazon del que amaba. ¡Como si uno delinquiera en ser amado!

—¡Y tú, Rossi, conoces á esa mujer?

Preguntó exaltada Matilde con la fuerza de los zelos.

- Sí, la conozco.  
 —¿Su nombre?  
 —María.  
 —¿Dónde vive?  
 —En casa de Miguel.  
 —¿En su casa!  
 —Sí; es su prima.  
 —¿Y dices tú que se aman?  
 —Con delirio.  
 —¿Estás persuadido de ello?  
 —No me cabe duda.

Un grito espantoso lanzó Matilde que revelaba bien la furia de los celos; y levantándose de la silla en que estaba sentada, exclamó, encendidos los ojos por el fuego del despecho.

—¡Que tiemble esa infeliz!... ¡que tiemble... porque no he de descansar hasta que no pruebe toda la furia de mis celos.

Rossi saboreó en su corazón la esperanza de la caída de Miguel; y Matilde, entrando á su gabinete, en que generalmente recibía sus visitas, se arrojó sobre una silla sin poder contener sus lágrimas.

## CAPITULO X.

### La partida.

Mientras la hermosa y engañada actriz, herida en lo mas delicado del corazón, permanecía en su cuarto pronunciando el nombre de la mujer que, en su concepto, le robaba el cariño de Miguel, María, muy agena de imaginar que la situación que guardaba con respecto á su primo, pudiese inspirar celos á persona alguna, se encontraba triste, envidiando á su vez, la felicidad de la mujer que habia conseguido interesar el corazón del hombre que en secreto amaba.

Sentada junto á la vidriera del balcón de la sala, y ocupada en bordar un chaleco de raso negro que pensaba regalarle, como una prueba de cariño, no apartaba los ojos del

bastidor, como si en el objeto que dedicaba á su primo creyese encontrar un sér amigo que revelase á su dueño los tiernos sentimientos de su apasionada alma.

Entregada á estas ideas se encontraba, cuando entró una criada anunciando la llegada de Enrique.

María dejó su agradable ocupacion y contestó.

—Dile que pase.

—Y colocando á un lado el bastidor en que bordaba, se dispuso á recibir á Enrique, el cual entró á poco, vestido con elegante sencillez.

—¿Y Miguel?

Dijo Enrique, despues de los saludos de costumbre, y tomando asiento enfrente de la jóven.

—Ha salido—contestó María—pero creo que no tardará en volver.

—Me dijo que le esperase, porque desea verme antes de partir.

—¿Va á partir él?

Preguntó con inquietud María.

—No señorita; soy yo quien debe dejar la capital.

La jóven respiró con tranquilidad.

—¡Ah!... ¿Es vd. quién nos abandona?

—Ciertamente.

—¿Y á dónde va vd?

—A Veracruz: hay noticias de que está próxima á salir de la Habana la expedicion española: y yo, como toda la juventud mexicana, voy á unirme en clase de voluntario, á la division del general Santa Anna que, con una fuerza respetable, se prepara á rechazar á los que osen invadir nuestro territorio.

—¿Y cuándo sale vd?

—Mañana mismo.

—Dios quiera que tengamos el gusto de volverle á ver pronto.

—Así sucederá, si es que una benévola bala no se quiere tomar la molèstia de ahorrarme nuevos padecimientos.

—No presagie vd. tal desgracia. Aquí deja vd. personas que sentirian infinito su muerte.

—¡Personas que sentirian mi muerte!....

¿Y qué me importa el sentimiento de todo el mundo, si á ese sentimiento no va unido el de la mujer que amo?

—Yo creo que la jóven que vd. ha considerado digna de su amor, no puede carecer de sentimientos nobles y humanos.

—¡Ah!.... no:—exclamó Enrique con entusiasmo—los posee en alto grado.

—Siendo así, como no dudo que lo es, estoy persuadida de que la jóven que vd. ama, no cederá en cariño á ninguna de las personas que se honran con la amistad de usted.

—¿De veras?

Exclamó Enrique, dejando ver en sus ojos por un momento, esa mirada de alegría que arroja la esperanza, y que poco á poco desapareció de ellos bajo el velo de la melancolía, como brilla, instantáneamente, en medio de la tempestad una estrella, para ocultarse de repente, tras de las nubes negras que cruzan la esfera.

María, que habia leído los dos encontrados afectos que, con una rapidez indecible, se habian operado en el alma de aquel hom-

bre que con tanto respeto y amor la miraba, trató de endulzar, en lo posible, la honda pena que reflejaba en su semblante, y contestó:

—Sí, Enrique; puedo asegurar á vd. de que esa mujer, á la cual distingue vd. con su respetuosa pasion, excederá tal vez á todos en el sentimiento que vierta la noticia de cualquiera desgracia que á vd. acontezca.

—¿Y cree vd., María, que debo esperar en que ese cariño del ángel que yo adoro, y que es mi único pensamiento, mi bello ideal, se convierta en amor?

María se puso encendida como la grana, y no se atrevió á contestar, temiendo desgarrar, con un desengaño, el corazon enamorado de aquel hombre. Enrique interpretó aquel silencio favorablemente, y continuó:

—Responda vd., María; ¿puedo esperar en que algun dia corresponda vd. al amor infinito que le consagro, dejándome entrever una vida de eterna felicidad y de ventura?

—Enrique—contestó la jóven, procurando  
EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II. 13

do con el dulce acento de su voz, minorar la amargura que sabía iban á producir sus palabras en el corazón de su adorador—mi cariño hacia vd. ha ido creciendo á medida que he ido conociendo las bellas cualidades que adornan á vd.; pero mi corazón no ha podido sacudir el yugo amoroso á que lo sujeta ya otro hombre que conocí y traté antes de que tuviera la dicha de contarle á vd. en el número de las personas de mi aprecio.

—Comprendo toda la virtud de ese corazón, y todo el peso de mi desgracia.

La llegada de Miguel que se presentó en la sala en aquel instante, dió nuevo giro á la conversacion.

—¿Te he hecho esperar mucho, Enrique?

—No; hace un momento que llegué.

—Y está definitivamente resuelto que sea mañana la marcha?

—Sin duda.

—Mucho siento no poder ser tu compañero de armas en la próxima campaña.

—¿Conque nada has conseguido?

—Nada. El gobierno teme poner sus sol-

dados bajo las órdenes de algunos que profesamos distinto credo político, y nos prohíbe incorporarnos al ejército que va á combatir contra los invasores. Pero dejemos esto, y dime si has llegado á saber algo respecto al paradero de Pilar.

—Ni la mas ligera palabra que tenga relacion con ella.

—¿Pero es cierto que fué Pilar la encubierta que pasó en la canoa, por debajo del mirador del médico D. Antonio?

—Parece que no cabe la menor duda; y nada viene á dar mayor viso de verdad á esta sospecha, como el haber desterrado, á las pocas horas de haber sucedido esto, á otro pueblo del interior á su amante, por influjo, sin duda, de Rossi, que trató de quitar obstáculos que pudieran embarazar sus planes.

—¿Y qué pueblo es ese?

—Lo ignoro.

—¿Si le hará perecer á D. Antonio de la misma manera que á su hermano Cárlos?

—Mucho lo temo.

—Sin embargo, yo tengo alguna esperanza.

—¿Cómo?

—Hace tres noches que, al dirigirme al teatro, ví llegar por enfrente de mí, una jóven que me miró fijamente; yo, al notar su curiosidad, sentí despertar la mia, y traté de averiguar quién era; pero al conocer sin duda ella mi intento, se cubrió con el rebozo, y pasó como una exhalacion á mi lado sin darme lugar á nada.

—¿Y crees que fuese Pilar, una señorita criada en el regalo y educada esmeradamente, la que se presentara en público, envuelta en un humilde rebozo?

—Era de noche, y podia confiar en no ser conocida. Además, ¿quién es capaz de contener las evoluciones de la rueda de la fortuna? ¿No vemos mil y mil que, despues de haber gozado todas las comodidades de la vida, se ven reducidos á mendigar el sustento?

—Tienes razon. Pero, ¿por qué no la seguiste hasta averiguar la verdad?

—Esa fué mi intencion; mas me fué imposible.

—¿Por qué razon?

—Porque ella pasó á la acera contraria; y al prepararme á hacer lo mismo, varios coches que cruzaban corriendo, me lo impidieron; cuando desembarazaron la calle, nada ví; la mujer habia desaparecido, perdiéndose entre el gentío que se dirijia al teatro.

—No le hace: si era ella, la volverémos á encontrar, y entonces tratarémos de favorecerla si es desgraciada. Pero el tiempo se pasa, y yo tengo aún que arreglar varias cosas para mi viaje.

Dijo Enrique levantándose y tomando el sombrero.

—¿Te vas?

—Sí; ya ves que es indispensable.

—Bien: no quiero detenerte; sin embargo, mañana, antes que te pongas en camino, iré á verte.

—Pues hasta mañana, Miguel.

—Hasta mañana, Enrique.

Este saludó á María, y dirijiéndola una

mirada que expresaba toda la ternura y el amor que le consagraba, salió á la calle, llevando impreso en el corazón el pesar mas profundo, al tener que renunciar aún hasta la remota esperanza de ver correspondida su pasión.

Al siguiente dia, despues de despedirse de su íntimo amigo, se puso en marcha para Veracruz, en unión de otros muchos jóvenes que, llenos de noble patriotismo, se dirijian á engrosar las filas del general Santa-Anna.

## CAPITULO IX.

Salida de la expedicion española del puerto de la Habana.

Dejemos por un momento á Enrique marchando hácia Veracruz, á Matilde proyectando la manera de vencer á la inconsolable María que, en su concepto, le robaba el cariño de Miguel, y á éste pensando en la ingratitude de Luisa, y trasladémonos á la Habana, en cuyo puerto se disponia la expedicion que dentro de pocos dias debia desembarcar en las costas mexicanas.

Era el mes de Junio de 1829. En aquella hermosa ciudad, emporio de la riqueza y de la abundancia, no se escuchaba mas que el bélico sonido de los instrumentos de guerra y la palabra reconquista que, algu-